

UN ACERCAMIENTO A LO MASCULINO Y LO FEMENINO *¹

BLANCA CASTILLA DE CORTÁZAR

El reto que presenta el conocimiento de lo que es en profundidad lo masculino y lo femenino y cuál es su enclave ontológico se inscribe en una vieja inquietud humana que ya constaba en el oráculo de Delfos: «Conócete a ti mismo». Este saber cobra cierto carácter ético y moral, porque la distinción entre varón y mujer (y no utilizo a propósito la palabra «hombre» que es un genérico aplicable igualmente a los dos sexos humanos) determina la identidad propia de la persona. Conocer la propia identidad es de tal importancia que hacía afirmar a Rousseau —aunque sin hacer alusión a la distinción sexual—: «El más útil y menos adelantado de todos los conocimientos humanos me parece que es el del hombre, y me atrevo a decir que la inscripción del templo de Delfos contiene en sí sola un precepto más difícil que todos los gruesos libros de los moralistas»².

1. HACIA UNA ANTROPOLOGÍA DE LA DIFERENCIA SEXUAL

La pregunta por el ser humano, que a partir del s. XVIII, con Kant, y más adelante con Feuerbach, se ha colocado, con el llamado giro antropológico de la filosofía moderna, en el centro de la filosofía, acoge hoy dimensiones muy concretas, pues se desea saber no solamente qué es el ser humano en abstracto, sino el hombre concreto, en su singularidad irrepetible. Pues bien, esta singularidad acoge el cuerpo, y acoge el sexo, el ser varón o ser mujer. Se reclama hoy una filosofía de cuerpo. Y también una filosofía de sexo.

Desde muchas ciencias y por diversas cuestiones sociales, se abre hoy la pregunta acerca de la sexualidad, una característica que aparece ya en el mundo animal, pero que cobra unos matices muy peculiares en torno al ser humano.

* Conferencia pronunciada en la Real Academia de Doctores de España el 12 de febrero de 2003.

¹ Publicada una primera versión de esta Conferencia en **APARISI, Ángela y BALLESTEROS, Jesús**, *Por un feminismo de la completariedad. Nuevas perspectivas para la familia y el trabajo*, Eunsa, Pamplona, 2002, pp.25-46.

² **ROUSSEAU, Jean Jacques**, (1712-1778), *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, 1755, Gallimard, Paris, 1965. Trad. cast.: *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres*, Península, Barcelona 1973, Prefacio, p. 27.

Antes de continuar es preciso decir que hasta hoy hay poca filosofía en torno al cuerpo y menos en torno a la sexualidad. Y, sin embargo, hay muchas cuestiones que dependen de su estudio: el ya aludido de la identidad personal, el tema de la homosexualidad, presente en la sociedad; la estructura del amor y de la familia; las relaciones personales más importantes de la persona como la conyugalidad, la paternidad, la maternidad, la filiación, la fraternidad; la aportación insustituible de cada sexo a la familia y a la cultura —es decir, al mundo de trabajo y de la política, etc.

Aunque últimamente lo he dejado reposar, durante diez años me he dedicado a pensar y a escribir sobre la feminidad y la masculinidad. Para hacerlo es preciso profundizar en diversas categorías como la igualdad y la diferencia³, en cómo entrelazarlas para no caer en el *subordinacionismo* o en el *igualitarismo*, excesos de quienes han hecho hincapié bien en la diferencia o en la igualdad.

Se han ensayado diversas posibilidades como el estudio de la *reciprocidad*⁴ y el de la *complementariedad*⁵, sin saber cuál de ellos es más importante, aunque a mi parecer el de la reciprocidad pone en su sitio el tema de la igualdad y el de la complementariedad el de la diferencia. Pero no son las únicas categorías empleadas. Está el de *equipotencia* que emplea Amelia Valcárcel⁶ o el de *equivalencia* de Børresen⁷, para poner de manifiesto que varón y mujer son de la misma categoría también en su distinción. Lo mismo pasa con la categoría de *modalización*, que he utilizado en algunos de mis escritos.

Por otra parte, hoy el problema se complica por haber aparecido en los foros científicos y políticos el término *género* aplicado a la antropología. La noción de *género* es un término polisémico. Se utiliza el lógica, como aquel concepto general que ha de ser completado por la diferencia específica. Se utiliza en gramática, donde al menos, tiene tres significados: masculino, femenino y neutro. Pues bien, en la antropología cultural nació cuando la multitud de datos recabados de las ciencias experimentales y sociológicas pedía una clarificación terminológica. A partir del año 75 los esquemas sexo-género tuvieron fortuna⁸ y se determinó utilizar el término *sexo* para las diferencias biológicas y el término *género* (*gender*) para las diferencias culturales⁹.

³ Cfr. Un interesante ensayo: **SCOLA, Angelo**, *Identidad y diferencia. La relación hombre-mujer* trad. es. Javier Prades, ed. Encuentro, Madrid 1989.

⁴ Cfr., entre otros: **DI NICOLA, Giulia Paola**, *Uguaglianza e differenza. La reciprocità uomo-donna*, ed. Città Nuova, Roma 1988. Prefazione di Piersandro Vanzan S.I; **SPINSANTI Sandro (a cura di)**, *Maschio-femmina: dall'uguaglianza alla reciprocità*, ed. Paoline, Milano 1990.

⁵ Así: **CASTILLA Y CORTÁZAR, Blanca**, *La complementariedad varón-mujer. Nuevas hipótesis*, en Documentos del Instituto de Ciencias para la Familia, 2º ed. Rialp, Madrid 1996.

⁶ Cfr: **VALCÁRCEL, Amelia**, *Sexo y Filosofía. Sobre mujer y poder*, Anthropos Barcelona 1991.

⁷ Cfr. **BØRRESEN, Kari Elizabeth**, 1990, *Immagine di Dio e modelli di genere nella Tradizione cristiana*, en **SPINSANTI, Sandro**, *Maschio-femmina ...*, p. 113.

⁸ Cfr. **RUBIN, Gayle**, *The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex*, en **REITER R. (ed)**, *Toward an Antropology of Women*, Monthly Review Press. New York. London, 1975.

⁹ Cfr. **FERNÁNDEZ, Juan (ed)**, *La doble realidad del sexo y del género: perspectivas actuales*, Universidad Complutense, en «Investigaciones psicológicas» 9 (1991), número monográfico,

Sin embargo, el término *género*, que me parece perfectamente rescatable para su uso antropológico, como es sabido, en diferentes Conferencias de la ONU, como la de Pekín, ha sido fuertemente manipulado por grupos de presión, que pretenden presentar multitud de modelos de género —queriéndose basar incluso en datos inciertamente científicos—, como el género heterosexual, el bisexual, el andrógino, el homosexual, el lesbiano, la elección libre del sexo, etc. No me quiero detener, sin embargo, en el tema de los modelos de género, de quien es un experta María Elósegui¹⁰

Hoy me quiero centrar en lo que Janne Haaland Matlary llama el «**eslabón perdido**» del feminismo, es decir: «una antropología capaz de explicar en qué y por qué las mujeres son diferentes a los hombres»¹¹ o dicho de otra manera por qué los varones son diferentes a las mujeres, y hacer hincapié en que el desarrollo filosófico sobre estos temas deja hoy en día todavía mucho que desear.

Como esta cuestión se puede abordar desde muchas perspectivas: podríamos hacer un repaso histórico de la antropología diferencial, empezando por el andrógino platónico del Banquete¹², o las causas del subordinacionismo o de la misoginia en nuestra cultura¹³, etc., he decidido un enfoque temático que mire hacia el futuro.

2. A LA ALTURA DEL TERCER MILENIO

En el siglo XX se han hecho grandes descubrimientos científicos, psicológicos y sociológicos sobre el tema que nos ocupa. La visualización de la fecundación en las estrellas de mar realizada a finales del XIX echó por tierra la multiseccular concepción de la pasividad de la mujer en la generación, descubriendo que si alguien aporta más, desde el principio, en la venida al mundo de nuevos vástagos es precisamente la mujer que pone a su servicio el citoplasma del óvulo y la carga genética de las mitocondrias (el ADN mitocondrial)¹⁴.

También a finales del siglo XIX y sobre todo en el s. XX, desde la filosofía y, sobre todo, desde la psiquiatría se intuyó la importancia que el «sexo» tiene en la comprensión del ser humano, y su estudio se puso en el centro de la antropología. Bastaría nombrar a Feuerbach, a Freud, a Jung, de los que hablaremos.

Pero son sobre todo las ciencias experimentales las que están investigando con amplitud en este campo. Desde el punto de vista genético se calcula que la diferencia se mide en un 3%, aunque con la característica de que esa pequeña diferencia se halla

¹⁰ Cfr. **ELÓSEGUI ITXASO, María**, *La transexualidad. Jurisprudencia y argumentación jurídica*, ed. Comares Granada 1999, pp. 91-126 en colaboración con **MARCUELLO, Ana Carmen**. De María Elósegui cfr. también: *Dies temas de género. Hombre y mujer ante los derchos productivos y reproductivos*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid 2202.

¹¹ **HAALAND MATLARY, Janne**, *El tiempo de las mujeres. Notas para un Nuevo Feminismo*, ed. Rialp, Madrid, 2000, p. 23.

¹² Platón, en el mito de Aristófanes, planteó la teoría del andrógino -unos seres circulares mitad varón, mitad mujer- que, por castigo de los dioses, fueron partidos por la mitad y, para recuperar su identidad, necesitaban encontrar su 'media naranja': cfr. **PLATÓN**, *El Banquete*, 189c-193d.

¹³ Un resumen se puede encontrar en mi libro sobre *La complementariedad...*, pp. 31-35.

¹⁴ Cfr. el cap. III de mi libro *La complementariedad...*, pp.: 16-26.

en todas las células de nuestro cuerpo. Eso tiene al menos dos consecuencias: que somos más iguales que diferentes y que somos iguales y diferentes en todo, aunque esta afirmación pueda llegar a sorprender a lógicos y gramáticos.

Seguramente las diferencias endocrinológicas que se producen el desarrollo adecuado del cromosoma «Y» —porque el feto, en su defecto, está programado para desarrollarse femenino, en contra de todas las doctrinas clásicas—, aumentarán algo más la diferencia genética, y desde luego cada vez es más indudable que configuran el cerebro¹⁵ de una manera diferente —a pesar de todas las protestas feministas, y a pesar de que no es un tema cerrado, que por otra parte no hace ni a los hombres ni a las mujeres más o menos listos sino con capacidades complementarias de observar y abordar la realidad.

Pero los descubrimientos no son menores en el campo sociológico. Uno de los mayores hallazgos antropológicos realizados en el siglo XX es que tanto el varón como la mujer han de contribuir conjuntamente en la construcción familiar y cultural del mundo. Ambos están llamados a ser protagonistas del progreso equilibrado y justo que promueva la armonía y la felicidad. Al menos así se dice en el libro del Génesis 1, 26-31 cuando, después de ser bendecidos por Dios se les asigna una doble y complementaria misión: “Creced, multiplicaos, llenad la tierra y dominadla”.

Es verdad que después del pecado el dolor recae sobre la mujer de un modo algo diferente que sobre el varón: él sufrirá más por los frutos que la tierra le negará, más inclinado como está al dominio de las cosas. La mujer, más sensible al conocimiento de las personas, sufrirá más afectivamente, además de los dolores que comporta la maternidad física. Ante esta división de aspectos hay que decir que ambos trabajan —en cosas iguales o diferentes— pero en ambos está presente el trabajo.

Este descubrimiento se ha realizado al constatar que históricamente se dividieron los roles sociales entre masculinos y femeninos. El varón se ocupó de la esfera pública, mientras que el peso del espacio privado recayó casi exclusivamente sobre la mujer¹⁶. Los resultados son patentes: ambos ámbitos resultan perjudicados por estar incompletos. La esfera externa adolece de competitividad y economicismo, haciéndose inhabitable e inhumana: en ella faltan los recursos de la feminidad, de su preocupación prioritaria por las personas, como escribe magistralmente Jesús Ballesteros¹⁷. Por otra

¹⁵ Hay multitud de estudios posteriores pero como botón de muestra cfr.: **De VRIES, G.J., DeBRUIN, J.P.C., UYLINGS, H.B.M. y CORNER, M.A.** (eds), (1884) *Sex differences in the brain: the relation between structure and function*, en «Progres in Brai Research», vol. 61, Elsevier; **MOIR, Anne and JESSEL, David**, *Brain Sex. The real difference between men and women*, ed Michael Joseph by Penguin Group, London 1989; **KIMURA Doreen**, (1992) *Cerebro de varón y cerebro de mujer*, en «Investigación y ciencia» nov. 92 pp. 77-84; **GUR, Raquel E.**, *Diferencias en las funciones del cerebro entre los sexos*, en **VV.AA.**, *La mujer en el umbral del s. XXI*, ed. U. Complutense, Madrid 1997, pp 65-90.

¹⁶ Hay recientes estudios sobre este cuestión entre los que no se puede dejar de citar el de **ELSHTAIN, Jean Bethke**, *Pubic man, private woman. Women in social and political thought*, Princeton University Press, 2º ed. 1993.

¹⁷ Bien lo muestra **BALLESTEROS, Jesús**, *Postmodernidad y neofeminismo: el equilibrio entre 'anima' y 'animus'* en *Postmodernidad. Decadencia o resistencia*, Ed. Tecnos, Madrid 1988, pp. 129-136.

parte, en la familia los hijos se ven privados de la presencia de un modelo paterno¹⁸, que les integre equilibradamente en las estructuras emocionales y sociales. El padre es la figura que ayuda a descubrir su identidad a los hijos varones y afirma la feminidad de las hijas.

Hoy se advierte que es necesario **construir una familia con padre y una cultura con madre**¹⁹, siendo el varón trabajador y padre, y la mujer, madre y trabajadora. Porque, cuando abundan las familias monoparentales, se ha descubierto que los hijos necesitan un padre y una madre, que mantengan entre sí una comunicación estable. Los hijos, cada hijo necesita el amor de su padre y de su madre y, además, el cariño que su padre y su madre se tienen entre sí. Y también se ha constatado que las estructuras laborales y sociales están esperando el “genio” de la mujer, para hacerlas habitables, para que se acomoden a las necesidades personales en cada etapa de la vida, para que cada persona pueda dar, en cada circunstancia, lo mejor de sí misma. Es decir, el mundo del trabajo reclama la presencia de la mujer-madre, para que el mundo laboral esté en función de la persona y de la familia y no al revés.

Hoy se sabe, además, que la fraternidad supone el 50% de toda relación humana, porque se ha reflexionado más acerca de la obvia cuestión de que todos somos hijos. Por otra parte, la aportación al bien común tiene dos modelos llamados paternidad y maternidad. Ciertamente varón y mujer tienen recursos distintos. Ya Buytendijk²⁰ se esforzó en describir sus diferencias. Julián Marías²¹ añade que éstas son relacionales. Y, aunque según John Gray parezca que provienen de distintos planetas (*Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*)²², de su estudio se concluye que son dos modos recíprocos y complementarios de encarnar la misma naturaleza. Por eso, también sus diferencias son imprescindibles en todas las esferas. Y, porque sus peculiaridades son relacionales, complementarias y recíprocas, cada uno se apoya en el otro, cada uno encuentra su posibilidad en el otro. Se podría decir, con razón, que no hay un espacio social femenino, pues en todas las esferas —familiar, laboral y política—, puede y debe estar presente la mujer.

Sin embargo, llevar esto a la práctica no es tarea fácil ni mucho menos conseguido. Requiere imaginación, flexibilidad, cambios de mentalidad, cambios políticos. Más cuando en casi todas las culturas actuales hay un ataque frontal a la maternidad, como si la solución a los problemas mundiales fuera la reducción de la natalidad o como si

¹⁸ Cfr. **SULLEROT, Evelyne**, *Quels Pères? Quels Fils?*, Fayard, 1992. Trad. cast.: *El nuevo padre. Un nuevo padre, para un nuevo mundo*, ed. B, Barcelona, 1992; **BLANKENHORN, David**, *Fatherless America. Confronting Our Most Urgent Social Problem*, Institute for American Values, HarperCollins Publishers, New York, 1995.

¹⁹ Así lo expresé en **CASTILLA Y CORTÁZAR, Blanca**, *La complementariedad varón-mujer. Nuevas hipótesis*, Rialp, Madrid 1996 p. 89.

²⁰ Cfr. **BUYTENDIJK, Frederik Jacobus Johannes**, *La mujer. Naturaleza, apariencia, existencia*, Trad. esp. Revista de Occidente, Madrid, 1970. Tít. or.: *La Femme, sa manière d'être, de paraître, d'exister*, Paris, Desclée de Br., 1967 (aunque conserva aún prejuicios masculinizantes consigue mostrar aspectos de la igualdad y diferencia entre varón y mujer).

²¹ Cfr. **MARÍAS, Julián**, *La mujer en el siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1980; *La mujer y su sombra*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

²² Cfr. **GRAY, John**, *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*, Grijalbo, Barcelona 1993, 3ª reimp 1996. (Tít. Or.: *Men are from Mars, women from Venus*, HarperCollins, Nueva York, 1992).

fueran incompatibles la maternidad y el trabajo profesional. Esto se debe en la mayor parte de los casos a que los modelos laborales están hechos con criterios exclusivamente masculinos, de hombres que no dedican tiempo a su familia. Ya hace años llegué a la conclusión de que **la única defensa eficaz de la maternidad es que haya varones que descubran su paternidad.**

Pero dejaré estos temas para Janne Haaland Matlary y yo me centraré en mi campo específico, que es la antropología filosófica, el “eslabón perdido” del feminismo como lo denomina Janne.

3. QUÉ ES LA SEXUALIDAD

Para profundizar en qué es lo masculino y lo femenino es preciso preguntarse qué es la sexualidad y, en concreto, la sexualidad humana, porque existe el riesgo muy extendido de confundir sexualidad con genitalidad.

¿Qué es la sexualidad, por tanto? ¿Qué importancia tiene esta característica en la antropología? ¿Tenemos sexualidad porque somos seres corporales o es una manifestación de estructuras más profundas?

Para empezar quiero recoger la distinción lingüística, posible en el castellano, que hace Julián Marías: la diferencia entre los adjetivos «sexual» y «sexuado». Con palabras de Marías: «La actividad sexual es una limitada provincia de nuestra vida, muy importante pero limitada, que no comienza con nuestro nacimiento y suele terminar antes de nuestra muerte, fundada en la condición sexuada de la vida humana en general, que afecta a la integridad de ella, en todo tiempo y en todas sus dimensiones»²³.

La sexualidad, por tanto, entendida como condición sexuada, no se reduce simplemente a una actividad concreta que requiere unos órganos específicos, sino que abarca toda la modalización que hace que el varón y la mujer sean iguales y distintos en todas las facetas de su ser, desde el tono de voz hasta la manera de andar²⁴.

Como ya se ha dicho, en el s. XIX la sexualidad se puso en el centro de la antropología. El primer autor que lo hizo fue Feuerbach. Después lo trató Freud. Pero sus posturas son diferentes. Para Feuerbach «La carne y la sangre son nada sin el **oxígeno de la diferencia sexual**. La diferencia sexual no es ninguna diferencia superficial o simplemente limitada a determinadas partes del cuerpo. Es una **diferencia esencial y penetra hasta los tuétanos**. La esencia del varón es la masculinidad y la esencia de la mujer, la feminidad. Por muy espiritual e hiperfísico que sea el varón, éste permanece siempre varón. Y, lo mismo la mujer, permanece siempre mujer»²⁵. Y termina diciendo «La personalidad es, por lo tanto, nada sin diferencia de sexo; la personalidad se diferencia esencialmente en **personalidad masculina y femenina**»²⁶.

²³ **MARIÁS, Julián**, *Antropología metafísica*, ed. Rev. de Occidente, Madrid 1970, p. 160.

²⁴ Muchas de esas diferencias están recogidas en la ya citada obra de **BUYTENDIJK, F.J.J.**, *La mujer. Naturaleza, apariencia, existencia*, Trad. cast.: Revista de Occidente, Madrid.

²⁵ **FEUERBACH, Ludwig**, *Das Wesen des Christentums*, 1843, Trad. cast.: *La esencia del cristianismo*, ed. Trota, Madrid, 1995, p. 140.

²⁶ *Ibídem*.

No se puede separar ni de lo que llaman espíritu, ni de los órganos que no son estrictamente sexuales —afirma Feuerbach—. El **cerebro** —dice adelantándose a las investigaciones científicas hoy en marcha— está determinado por la sexualidad. Sexuados son lo sentimientos, pensamientos. «¿Eres tú también más que varón? Tu ser o, más bien (...) tu yo, ¿no es acaso un yo masculino? ¿Puedes separar la masculinidad incluso de aquello que llaman espíritu? ¿No es tu cerebro, esa víscera la más sagrada y encumbrada de tu cuerpo, un cerebro que lleva la determinación de la masculinidad? ¿Es que no son masculinos tus sentimientos y tus pensamientos?»²⁷. Le responde a un amigo que le rebate su principio dialógico apelando a que el hombre es un ser único y solitario.

Pero no se quedan ahí las matizaciones de Feuerbach. Para él es evidente que: «Donde no hay un tú no hay yo. Pero la diferencia de yo a tú (la condición fundamental de toda personalidad y de toda conciencia) es una diferencia tan real y vital como lo es la diferencia de hombre y mujer. **El tú entre hombre y mujer tiene un eco muy distinto que el monótono tú entre amigos**»²⁸.

Es una lástima que este autor no desarrollara más sus intuiciones, que por sus complicadas circunstancias intelectuales terminara en un craso materialismo ateo y que sus principales aciertos —en lo que a la cuestión sexuada se refiere— cayeran en el olvido, pues su principio dialógico, que Buber se encargó de divulgar, era ya asexuado²⁹.

Freud, por su parte, presenta una visión reductiva de la sexualidad. En palabras de Julián Marías «cuando, a fines del siglo XIX, y por obra principal de Freud, el sexo adquirió carta de ciudadanía en la comprensión del hombre, el naturalismo de la Filosofía que servía de supuesto a la interpretación freudiana del hombre y a la teoría del psicoanálisis enturbió el descomunal acierto, absolutamente genial, de poner el sexo en el centro de la Antropología (...). El error concomitante fue lo que podríamos llamar la interpretación «sexual» (y no *sexuada*) del sexo, el tomar la parte por el todo ... pues hasta las determinaciones propiamente sexuales del hombre no son inteligibles sino desde esa previa condición sexuada envolvente»³⁰.

Dos son, por tanto las concepciones de la sexualidad, que se pueden distinguir por esos vocablos de sexualidad y condición sexuada. Aquí me adhiero a la postura de Feuerbach que la toma como condición sexuada, envolvente de todas las dimensiones humanas.

Esta diferencia entre sexualidad y condición sexuada pone de frente también la distinción entre sexualidad humana y sexualidad animal³¹. En la biología, por sexua-

²⁷ FEUERBACH, Ludwig, *La relación existente entre «La esencia del cristianismo» y «El Único y su patrimonio»*, (1845), en *Principios de la filosofía del futuro y otros escritos*. Trad. cast.: José M^a Quintana Cabanas, en PPU, Barcelona 1989, p. 160.

²⁸ FEUERBACH, Ludwig, *La esencia del Cristianismo*, p. 110.

²⁹ Cfr. BUBER, Martín, *Yo y tú*, trad. Carlos Díaz, Caparrós editores, Madrid 1993, Tít. or.: *Ich und Du* 1923, epílogo 1957; *¿Qué es el hombre?*, FCE, México 1949; primera edición en hebreo 1942.

³⁰ MARÍAS, Julián, *Antropología Metafísica*, ed. Rev. de Occ., Madrid 1970, reeditado Alianza 1995, pp. 165-166.

³¹ Un desarrollo mayor de estas diferencias puede encontrarse en mi trabajo *La complementariedad varón-mujer...* pp. 23-26.

lidad se entiende una función que cumple dos objetivos: la reproducción y el intercambio genético (como es sabido en especies inferiores hay reproducción sin sexualidad y por tanto sin intercambio genético). Ahora bien, ¿existe alguna diferencia entre la sexualidad animal y la humana?

Parece que, entre la sexualidad humana y la animal, existe la misma que se da entre lo que se podría llamar trabajo animal y trabajo humano. Los animales realizan una actividad, pero que está programada. El modo de hacer sus panales las abejas, no cambia con el correr de los siglos. Su actividad se encuentra enclavada. Sin embargo, en el actuar humano intervienen factores que la hacen muy peculiar como son la inteligencia, la libertad, la creatividad.

Pues bien, en la actividad sexual del ser humano se incluye un factor específico que es **la comunicación**, que tiene muchos aspectos: el enamoramiento, el amor, el reconocimiento del otro como persona, *la creación de relaciones familiares que suponen lazos estables*. Paternidad, maternidad, filiación, conyugalidad, son lazos que aspiran a durar y pueden durar toda la vida. Esas relaciones, que dan sentido a la existencia humana, están imbricadas con la sexualidad. Así, una de las características más profundas de la persona es el afán de amar y ser amado. Pues bien, no es lo mismo que me quiera mi madre, que la persona que he elegido para compartir mi vida.

La sexualidad humana cumple los mismos objetivos que la animal: intercambio genético y la reproducción. Pero además tiene otras dimensiones desconocidas en el mundo animal: todo aquello que tiene que ver con la comunicación y con el amor.

La sexualidad en uno de sus aspectos es fuente de placer, pero no sólo eso: *es fuente de los lazos más profundos que unen a las personas*. Tiene un aspecto unitivo y un aspecto procreador, es fuente de vida, de una vida que surge, que está llamada a surgir, como fruto del amor. Es, en definitiva un modo de contribuir al bien de los demás, porque es bien sabido que tanto la maternidad como la paternidad, que son diferentes, no consisten fundamentalmente en el acto biológico de engendrar una nueva vida sino en la multitud de acciones que contribuyen a ayudar a las personas a crecer como tales, a la transmisión de unos valores, a amarlas más que a uno mismo.

Hoy es claro, no hace falta poner ejemplos, asistimos, sin embargo, a una trivialización del sexo. El aspecto unitivo, el procreador, el placer, los lazos familiares, actualmente disociados, son aspectos que deben armonizarse en la profunda unidad a la que está llamada la persona humana. Quizá por esto, hoy más que nunca se busca una profundización antropológica en la dignidad de la persona, que como ya dijo Kant no debe ser usada nunca como medio, sino siempre como un fin. ¿Cuál es el sentido profundo de la sexualidad, de la condición sexuada con la que se pueden entablar lazos duraderos, que permiten llegar a la felicidad?

4. VALORES COMPLEMENTARIOS

Pero antes de acometer la relación entre persona y condición sexuada deseo tocar otro tema. Es el de los valores femeninos y masculinos. Como es sabido la palabra valor tiene también un carácter polisémico. Desde el punto de vista filosófico se puede identificar con cualidad, con virtud, con bien, con ideal —no siendo éstas realidades

similares—. Como quiera que sea, cuando se habla de complementariedad se habla de la complementariedad en los valores. Cuando escribí mi libro sobre la complementariedad lo subtité «Nuevas hipótesis». Y el subtítulo no era baladí.

En algunas ocasiones se ha intentado dividir el mundo en dos esferas una femenina y otra masculina, como dos mitades polares. Ante esto hay que decir que las cualidades, las virtudes, son individuales. Tener buen o mal oído, buena o mala voz no depende de ser varón o mujer. Por otra parte puede haber varones con una gran intuición y mujeres con destreza técnica. Las cualidades son individuales y las virtudes pertenecen a naturaleza humana, que es la misma para los dos sexos. Por ello no se puede hacer una distribución de virtudes y cualidades propias de cada sexo, diciendo por ej. que a la mujer le corresponde la ternura y al varón la fortaleza. La mujer demuestra habitualmente, sobre todo ante el dolor, una mayor fortaleza que muchos varones. Por otra parte, los varones, sobre todo a partir de los 35 años —al menos es lo que afirman los psiquiatras—, desarrollan una gran ternura. Las virtudes son humanas y ha de desarrollarlas cada persona, ya sea varón o mujer. No está ahí por tanto, la diferencia entre masculinidad y feminidad. En ese sentido descubrió Jung que cada sexo era complementario dentro de sí mismo. En efecto, Jung advirtió que los sexos no son sólo complementarios entre ellos, sino en el interior de cada uno: y hablaba de que cada varón tiene su «*anima*» —su parte femenina—³² y como contrapartida cada mujer su «*animus*» —su parte masculina. En este sentido son interesantes los comentarios que hace Ortega Y Gasset, sobre «La Gioconda», pues en su opinión, en ese cuadro Leonardo no pintó el retrato de ninguna mujer sino la parte femenina de su alma³³.

Tengo ante mis ojos una larga lista titulada valores de la complementariedad, entresacada de varios autores y también de la observación. Así los empresarios dicen que los varones tienen mayor capacidad para hacer proyectos y las mujeres para valorarlos³⁴, Ballesteros hace un elenco mayor. Relaciona:

la exactitud	la analogía;
lo superficial (longitudinal o lineal)	lo profundo;
el análisis	la síntesis;
el discurso	la intuición;
la competencia	la cooperación;
el crecimiento	la conservación; CUIDADO
lo productivo	lo reproductivo ³⁵ .

Los primeros corresponden a la masculinidad y los segundos a la feminidad.

Desde otro punto de vista más espacial se dice:

³² Cfr. **JUNG, Carl Gustav**, *Los arquetipos y el concepto de «anima»* en *Arquetipos e inconsciente colectivo*, ed. Paidós, Buenos Aires 1981, pp. 49-68.

³³ Cfr. **ORTEGA Y GASSET, José**, *La Gioconda* [1911], en «Obras Completas», t. I, Alianza, Madrid 1983, pp. 553-560.

³⁴ Cfr. **PÉREZ LÓPEZ, Juan Antonio** y **CHINCHILLA, María Nuria**, *La mujer y su éxito*, ed. Eunsa, Pamplona 1995.

³⁵ Cfr. **BALLESTEROS, Jesús**, *Postmodernidad y neofeminismo: el equilibrio entre 'anima' y 'animus'* en *Postmodernidad*, Ed. Tecnos, Madrid 1988, p. 130.

la línea/el cubo

el círculo/ la esfera³⁶.

Y hay un gran elenco de valores complementarios:

proyectos a largo plazo

captar y resolver con lo mínimo necesidades presentes

(magnanimidad)

(economizar)

inventar

mantener: CUIDADO

lo abstracto

lo concreto

la norma

la flexibilidad

la justicia

la misericordia

lo cuantitativo

lo cualitativo

la expresión

la interpretación

el concepto

el símbolo

la especialización

la visión de conjunto

Todos estos valores se resumen diciendo que los varones tienen una mayor habilidad para dominar las cosas y para manejar ideas abstractas y las mujeres una mayor facilidad para el conocimiento y el trato con las personas.

Ante esta variedad, quizá determinada por el pequeño tanto por ciento de diferencia en el funcionamiento del cerebro, y en la combinación de las hormonas, si los valores son humanos, una persona ya sea varón o mujer ha de tener un equilibrio entre cada par de valores complementarios. Para ello la solución no está en “imitar” al sexo contrario: eso conduce a una falsa feminización o masculinización de la sociedad. Se trata de APRENDER del sexo opuesto, cosa que es tan natural en la familia sobre todo donde hay hermanos y hermanas.

Pero no basta haber llegado hasta aquí. Cuanto más completos, desde el punto de vista de la naturaleza son un varón y una mujer, más complementarios son entre ellos y más profunda la armonía que les une. Lo importante de las cualidades y las virtudes es que **crystalizan de modos diversos en el varón y en la mujer**. Es distinta por así decir la fortaleza femenina que la masculina, y cada una necesita o se complementa con la otra.

Entre varón y mujer cabe siempre el respeto y la admiración. Hay varones que no terminan de aceptar que una mujer pueda ser más competente que él en una materia profesional, a veces si esa mujer es su propia esposa. Lo consideran como un fracaso. Sin embargo una mujer siempre puede admirar a un varón por lo que tiene de varón, que no lo tiene ella, más si tiene su entrega, que siempre es un regalo.

Pero hemos de proseguir en el estudio del enclave ontológico de la condición sexuada, que no se para —aunque algunos así lo piensan—, en la esencia, en lo que podríamos llamar: la compenetración de las almas. Es preciso llegar al nivel personal: a la comunión de las personas. Pero este tema lo dejaremos para una próxima sesión.

³⁶ Cfr. **BUYTENDIJK, Frederik Jacobus Johannes**, *La mujer. Naturaleza, apariencia, existencia*, Trad. esp. Revista de Occidente, Madrid, 1970. Tít. or.: *La Femme, sa manière d'être, de paraître, d'exister*, Paris, Desclée de Br., 1967 (aunque conserva aún prejuicios masculinizantes consigue mostrar aspectos de la igualdad y diferencia entre varón y mujer). **PLANELL RODRÍGUEZ, JOAQUÍN**, *Cubo y esfera. Los arquetipos originarios de la conciencia arquitectónica*, tesis doctoral Escuela de Arquitectura, Madrid 1998.te